

por un tonto de primera marca, al ver como creyó que los ojos y lengua de un carnero, que se presentó por milagro, eran de una mujer y tan su conocida como suya? Yo á lo menos no creeré estas cosas ni sus iguales, mientras no me las asegure por ciertas la Silla de San Pedro.

La historia de San Cristóbal es otro zurcido de mentiras que pasaron y aún pasan entre el vulgo. Todavía hay quién cree que fué gigante. La novena lo dice, y así se ve pintado; luego es verdad, se debe creer, y negarlo fuera herejía. Tal es el idioma del vulgo.

¿No sería bueno desengañarlo, diciéndole que no fué gigante, ni sirvió al demonio, ni lo dejó porque éste se espantó con la cruz, ni sucedieron las patrañas que de él se cuentan, sino que fué uno de los héroes que murieron por confesar la fe de Jesucristo?

—Así es que fuera bueno se enseñaran, dijo prontamente la sencilla beata; pero si no fué gigante ¿para qué lo pintan tamañote en las iglesias? ¿Acaso son tontos los que las cuidan? A fe que no; bien saben lo que se hacen, y si esto fuera fábula no sería usted el primero que lo dijese, y habiéndolo otros dicho, es regular que se omitiese que siguiera el vulgo con este error, quitando de las iglesias las pinturas gigantescas de San Cristóbal; pero una vez que no se ha hecho así, sin duda que fué tan gigante como ese Gólfas que cuentan, ó ese Salmerón

á quien vide con mis propios ojos. Pero sea lo que fuere, yo tengo en mi casa una cabeza de San Cristóbal, hermosa de grande; ya se ve, como de gigante cananeo, y soy muy devota y le enciendo una velota de á medio; pues el día que lo tengo, que no están los tiempos para fiestas.

Se reían todos de buena gana de estas sandeces, menos el coronel que se compadecía de ellas; y así, cuando tuvo lugar, dijo:

—Se echa de ver, señora, que sus padres de usted fueron cristianos y que le dieron una piadosa educación; pero por desgracia ésta se ha deslucido con la multitud de extravagancias y preocupaciones que adquirió desde sus primeros años, y de las que será harto difícil se desprenda.

El afecto que usted le tiene á San Cristóbal sin duda es loable, pues su intercesión, como la de los demás santos, es poderosa para alcanzarle del Señor las gracias que la convengan; pero no es loable la credulidad de usted acerca de su desmesurado tamaño. Antiguamente se divulgó entre sus devotos que cualquiera que viese su imagen no moriría en aquel día de muerte mala, sobre lo que se compuso este verso:

*Cristophori sancti specimen quicumque tuetur,
Ita namque die non morte mala morietur.*

En castellano puede traducirse así:

De muerte repentina ó azarosa
no morirá cualquiera que mirare
la imagen de Cristóbal prodigiosa.

En fuerza de esta creencia supersticiosa todos deseaban ver la efigie del santo, y como dice el señor Muratori: «El que deseaba frecuente concurso á su iglesia, pintaba en la fachada á este santo en estatura de gigante como lo fingen las fábulas de su vida.» Ya ve usted, señora, y qué origen tan erróneo trae ese pedazo de cuento que usted cree. Semejante á esto son los que autoriza la credulidad del vulgo.

—¿Qué cuentas tengo yo con eso? decía la beata; dejemos que sea cierto lo que usted dice, que eso ¡quién sabe! pero yo aténgome á lo que me enseñaron mis abuelos y ¡santas pascuas!

Cada vez que hablaba la tía doña María reían más todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenía en desimpresionarla de sus errores y la tenacidad con que ella se resistía, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfadado de éstas mi tutor varió conversaciones; sacaron chocolate, dulce y agua, y concluído el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oración y que una mujer en la calle, sola y de noche estaba muy expuesta.

No pudieron contener la carcajada de risa los concurrentes oyendo que la triste vieja pensaba que aún tenía riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad; ella se retiró á una recámara á rezar sus devociones; las visitas hablaron un poco más sobre diversos asuntos y se despidieron; el coronel, don Dionisio y las señoras se pusieron á jugar una malilla mientras era hora de cenar, y las dos niñas se fueron á platicar lo que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

